

# **Las neutralidades imposibles: los casos de España y los Estados Unidos de América en la Gran Guerra (1914-1918)**

## **The impossible neutrality: Spain and the United States of America in the Great War (1914-1918)**

*David Ferré i Gispets*

*Universitat Autònoma de Barcelona*

*Adrià Fortet i Martínez*

*Universitat Autònoma de Barcelona*

### **RESUMEN**

En los estudios más generalistas sobre la Gran Guerra se acostumbran a obviar las realidades de los múltiples estados que se declararon neutrales. A pesar de los esfuerzos hechos desde los distintos gobiernos, fue imposible que el influjo de la contienda no afectara a las sociedades e intelectualidades de dichos estados. Las dinámicas de “movilización cultural” también se dieron en estos estados neutrales, y con la misma dureza y formas que en los países en pugna. Para ilustrarlo, se propone comparar los casos de Estados Unidos y España.

**PALABRAS CLAVE:** Gran Guerra, España, Estados Unidos, Neutralidad, Movilización cultural.

### **ABSTRACT**

Most of general studies about the Great War tend to ignore the realities of the majority of neutral states. Despite the efforts made for its governments, it was impossible that the influence of the war did not affect its society and its intellectuals. The dynamics of “Cultural mobilization” are also found in those neutral states, and with the same hardness and forms that we can find in the countries in conflict. To exemplify this statement, we propose to compare the cases of the United States of America and Spain.

**KEYWORDS:** Great War, Spain, United States of America, Neutrality, cultural mobilization.

## El contexto prebélico

Antes del inicio del conflicto, nos encontramos con dos estados con situaciones políticas y sociales distintas, que en buena medida serán vitales para comprender su rápido posicionamiento hacia la neutralidad. En el momento del estallido de la Gran Guerra los Estados Unidos llevaban ya sobre sus espaldas más de un siglo de historia como país independiente, tiempo durante el cual se había forjado una unidad nacional y un espíritu patriótico —claramente reforzado en los decenios posteriores a la Guerra de Secesión— que había encontrado su acomodo en un sistema social, político y económico globalmente aprobado por el conjunto de la sociedad. A menudo se presta poca atención al surgimiento del nacionalismo norteamericano, lo cual es un error en la medida en que solo la conjunción entre un sentido fuerte de país —por lo menos entre la élite, y en este caso también más allá de ella— y una idea clara de los intereses que se han de defender en el exterior puede propiciar el surgimiento de una mentalidad expansionista que pretenda actuar de manera efectiva fuera de sus fronteras. Aunque en sus inicios, los Estados Unidos no crearon un sistema político plenamente centralista y de Ejecutivos fuertes (prueba de ello son los numerosos conflictos entre administraciones),<sup>1</sup> al final el país logró cohesionarse con el estado de cosas heredado de la Guerra de Secesión. En este marco, la progresiva aparición de un «nuevo nacionalismo» que planteó una intervención decidida en la vanguardia de la ciencia y del mundo militar<sup>2</sup> es algo que debe tenerse en cuenta en cualquier documento que aspire a hacer comprender por qué la neutralidad no era, en 1914, el único camino lógico que los Estados Unidos podían tomar.

En cuanto a las concepciones sobre la política exterior, uno debe tener en cuenta de manera muy importante la permeabilidad que tenían las dos grandes tendencias norteamericanas de aproximarse a lo mundial –

1 Tómense como ejemplos de ello el conflicto por la delimitación del territorio tejano en los años 1840 o el «retroceso» del Distrito de Columbia de 1846.

2 “Para que nosotros podamos servir a Dios y cumplir con nuestro deber, es preciso que ante todo seamos fundamentalmente americanos y que nuestro patriotismo constituya la esencia misma de nuestro ser [...]. El patriotismo debe formar parte integrante de nuestro carácter en todo el tiempo, porque no es más que una manera diferente de designar las cualidades del alma que permiten a un hombre”. Fragmentos de Theodore ROOSEVELT: *El deber de América ante la nueva Europa*, Nueva York, Charles Shribner’s Sons, 1916.

Aislacionismo vs. Internacionalismo – dentro de los partidos del sistema político estadounidense, hecho que imposibilitó una acción exterior de consenso —como sí ocurrió en España ante la aventura en Marruecos o en Alemania el mismo 1914—. Aún así, llegados a la década de 1910 existían indicios más fuertes de militarización y de gestación de un modelo intervencionista,<sup>3</sup> pero seguía sin ser suficiente para desembocar en un consenso nacional claro, ni entre las clases dirigentes ni entre el conjunto de la población. Entre algunos de los factores que demuestran esta falta de unión ante los objetivos internacionales, se cuentan la permanente voluntad sudista de mantener el ideal jeffersoniano de un estado débil aunque incuestionablemente unido, la especificidad de la concepción propia que tenían los colonos del Oeste —alejados de los contextos internacionales— recogida políticamente con iniciativas como el Partido Populista—aunque con poco peso real incluso en sus años de más apogeo— y el sentimiento de concebir a los Estados Unidos como un crisol de naciones en el que la neutralidad era necesaria para preservar las opiniones de cada colectivo.

Con todo, el país tenía unos intereses y objetivos cada vez más comunes, el sentimiento de identidad se había reforzado, y desde mucho tiempo atrás (la intervención en Japón, y más notablemente la guerra de Cuba) se atrevía ya a jugar un papel en la política internacional. Cuando el archiduque Francisco Fernando fue asesinado, pues, Washington seguía leyendo los consejos aislacionistas de los Padres Fundadores, pero en el Capitolio se prestaba también atención a los artículos militaristas que publicaba cada semana el *Metropolitan Magazine*.

En el otro caso que nos ocupa, es posible concebir a la España anterior a la Gran Guerra como a un Estado cuyo sistema político, establecido después de los convulsos años del Sexenio Democrático (1868-1874), empezaba a dar signos de un agrietamiento primerizo pero peligroso.<sup>4</sup> La imagen más clara de esta circunstancia fue el fracaso de las propuestas renovadoras del régimen de los dos grandes partidos del sistema y nacidas a raíz del cambio político y social que provocó el impacto del denominado «Desastre

3 Nadie defendió esos criterios con más vehemencia que Theodore Roosevelt. Véase, por ejemplo, la exposición que el presidente hizo de la «peace of righteousness» en su *Autobiography*, pp. 532-538.

4Miguel Ángel MARTORELL: “La crisis parlamentaria de 1913-1917: La quiebra del sistema de relaciones parlamentarias de la Restauración”, *Revista de estudios políticos*, 96, 1997, p. 138.

de 1898». Ni la propuesta conservadora de Antonio Maura (1907-1909) ni el intento de reforma en clave liberal de José Canalejas (1910-1912) consiguieron cambiar un régimen enquistado, cuya fachada democrática chocaba contra la realidad de su funcionamiento en base al clientelismo caciquil. Un sistema donde la contestación y el juego democrático no entraban dentro de las previsiones políticas —puesto que los resultados electorales eran notablemente controlados desde Gobernación— y las políticas de estado se dirimían preminentemente a través de pactos de intereses entre las élites dominantes.

Cabe recordar que nos encontramos con un estado fundamentalmente agrícola, con unas nuevas élites industriales crecientes en las zonas periféricas que luchan para ganar peso en el gobierno y por preservar sus intereses ante la tradicional defensa estatal de la oligarquía cerealista y olivarera.<sup>5</sup> Otro de los factores determinantes en este momento es la expansión y crecimiento del movimiento obrero y obrerista organizado, teniendo un notable peso en las zonas más industriales del estado. Ambos factores aportaron un nuevo grado de tensión dentro del régimen interno, transformándose en dos sectores de contestación activa ante el funcionamiento del propio estado, ya fuese a través de la iniciativa política regionalista o mediante la incipiente movilización obrera de masas. Dichas dinámicas pueden ser comprobadas con ejemplos como el éxito electoral de la Lliga Regionalista desde su misma creación en 1901 o del Partido Republicano Radical y su discurso agitador y violentamente popular entre las masas trabajadoras.

Asimismo, otro de los elementos relevantes a comentar en la concepción de la política exterior de la España prebética, es la determinación de encarar su política exterior hacia la defensa férrea de sus últimas posesiones coloniales del norte de África,<sup>6</sup> así como el interés por mantener una «neutralidad general» del Mediterráneo Occidental, hecho que se había constituido y afirmado a través de acuerdos internacionales como los de Cartagena de 1907 entre España, Francia y el Reino Unido sobre el mantenimiento del

5 Juan Antonio LACOMBA: “España en 1917. Ensayo morfológico de una crisis histórica”, *Saitabi: revista de la Facultat de Geografia i Història*, 18 (1968) p. 147.

6 Fernando GARCÍA SANZ: *España en la Gran Guerra*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, pp. 22-23.

statu quo en la zona.<sup>7</sup> Aún así, el precio del mantenimiento de este modesto legado colonial fue incrementándose, acaparando recursos y vidas, creando un creciente sentimiento de descontento popular hacia el régimen, nacido del contraste entre las narraciones terribles de los soldados de leva enviados al combate con la estrategia estatal, dónde el peso que se daba al control de estos territorios y la imagen de unidad de los sectores del *establishment* del momento para acrecentar y reafirmar dicho control – que escondía, de manera determinante, una miríada de intereses privados – era claramente definida y directa. Esta situación de creciente tensión produjo el gran estallido de 1909, hecho que prueba la verdadera posibilidad de que exista un desbordamiento del régimen, que tuvo como consecuencia una brutal represión de aquellas fuerzas contestatarias al sistema, que aún así, seguían constituyendo un potencial desafío ante el orden establecido. Ante esta situación de tensión, el inicio de las hostilidades europeas constituyó un elemento clave, que determinaría la fuerza del régimen y pondría a prueba la elasticidad de sus estructuras.

## El estallido y las neutralidades

La noticia del asesinato del archiduque Francisco Fernando corrió como la pólvora por las cancillerías europeas. Cuando la espiral de acusaciones y declaraciones incendiarias de julio de 1914 acabó con el establecimiento del estado de guerra entre las naciones más poderosas del continente, tanto España como los Estados Unidos respondieron con una rápida declaración de neutralidad. En el caso español, dicha posición —que el gobierno del conservador Dato hizo pública el 30 de julio— fue aplaudida de inmediato por la amplia mayoría de las fuerzas políticas, no solo desde el mismo régimen —prohombres liberales y conservadores— sino también desde las oposiciones.

De hecho, tanto desde el carlismo más tradicionalista como desde la izquierda republicana y el socialismo marxista se abogaba por una dinámica de estricta neutralidad. El regionalismo catalán también participó de

<sup>7</sup> Asunto tratado ampliamente en Enrique ROSAS LEDEZMA: “Las «Declaraciones de Cartagena» (1907): Significación en la política exterior de España y repercusiones internacionales”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 2 (1981) pp. 213-229.

esta opinión, haciéndolo explícito Francesc Cambó con un artículo en la edición vespertina del 20 de agosto de 1914 de *La Veu de Catalunya*.<sup>8</sup> El núcleo duro del anarcosindicalismo, representado por la entonces disuelta CNT, rechazó participar en una guerra sostenida entre estados burgueses, que enmascaraba la auténtica lucha de las clases obreras contra el Estado. Esta posición fue defendida por Eusebio Carbó i Carbó en un destacado artículo en el diario obrero *Tierra y libertad*.<sup>9</sup> La conciencia general imperante consideraba que la entrada de España en el conflicto no era viable, a causa de la pasividad de su población, del clima político del momento y, de manera muy importante, debido a la desorganización de su ejército, que a duras penas era capaz de sostener la campaña marroquí. A raíz de todo ello se explica, igualmente, el sentimiento generalizado dentro de la oficialidad del Ejército de que había que respetar la más estricta neutralidad, aunque en este caso el posicionamiento de simpatía hacia las potencias centrales era claro.<sup>10</sup>

En los Estados Unidos, la situación no fue distinta: todos los actores políticos de primer nivel —ya fueran demócratas, republicanos o progresistas— abogaron por la neutralidad y la no interferencia en los asuntos públicos europeos, siguiendo una máxima aislacionista que remontaba a la misma fundación del país.<sup>11</sup> Sin embargo, mientras que España visualizaba la neutralidad como una consecuencia obligada de su posición relativamente marginal en el ámbito de las grandes potencias, los EEUU la entendían como una opción, tal vez la mejor, pero en todo caso no la única posible.

Esta diferencia de apreciación tuvo un papel importante, a medida que pasaban los meses, porque implicaba que los americanos estaban en posición de exigir ciertas consideraciones. Al fin y al cabo, la administración de Wilson —y también la oposición— era aliadófila, y en términos generales la sociedad estadounidense también lo era, aun cuando había importantes

8 Francesc CAMBÓ: “Espanya davant la Guerra Europea. Causes de la Guerra. La neutralitat d’Espanya”, *La Veu de Catalunya* (edición vespertina), 20 de agosto de 1914, p.1.

9 Eusebi CARBÓ: “Los anarquistas y la guerra”, *Tierra y libertad*, 6 de enero de 1915, p. 1.

10 Carolyn BOYD: *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XII*, Madrid, Alianza , 1999, p. 71.

11 Buena muestra de ello resulta el *Farewell Address* que George Washington publicó en septiembre de 1796, y en el que desaconsejó los lazos permanentes con ningún país por el riesgo de dependencia que implicaban —*foreign entanglements*—. Consultese el documento completo en <http://goo.gl/W2aF>.

sectores que, mucho más por origen que por ideología, apoyaban a los alemanes. Incluso estos, no obstante, lo hacían apelando al mantenimiento de una estricta neutralidad —el secretario de Estado Bryan dimitió al considerar la política exterior wilsoniana demasiado proclive a Inglaterra—,<sup>12</sup> en una demostración de que desde el primer momento la equidistancia se veía amenazada solamente por el lado aliado, puesto que jamás se vio el apoyo al eje austroalemán como algo realista.

## La movilización cultural desde la neutralidad

Aunque la situación de neutralidad fuese auspiciada por la mayoría de los actores políticos, pronto, en ambos países, se empezó a cuestionar la eficacia y la auténtica conveniencia de esta neutralidad, apareciendo individuos o grupos que tomaron posiciones claras a favor o en contra de un u otro bando según razones que variaban en gran medida según los particularismos de cada realidad.

En España, fue muy relevante el debate intelectual, convirtiendo la prensa y las publicaciones —donde numerosas personalidades del panorama político, cultural y científico defendían a unos u otros contendientes en sus particulares trincheras de combate— en campo de batalla predilecto. Historiográficamente, se ha tendido a generalizar en exceso las posiciones de estas personalidades comprometidas para que encajen en un marco de valores simplista: los más progresistas como defensores de la Entente por los valores franceses nacidos de su Revolución y por el parlamentarismo británico, y los sectores de cariz conservador como partidarios del orden, la fuerza y el militarismo germano. Esta división maniquea, que aún impera en buena parte de las síntesis que tratan estos períodos de la historia de España, está hoy en cuestión gracias a los nuevos trabajos inspirados por las tendencias investigadoras europeas en campos como el estudio de las ideas o la movilización cultural.<sup>13</sup> A través de estos nuevos trabajos y de

12 Donald E. SCHMIDT: *The Folly of War: American Foreign Policy 1898-2005*, Nueva York, Algora Publishing, 2005, p. 79.

13 Giulia ALBANESE: “Guerra, violencia y crisis del estado liberal en Italia, España y Portugal”, en Francisco MORENTE y Javier RODRIGO, (eds.): *Tierras de Nadie. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias*, Granada, Comares, 2014, p. 223 (nota). Para una muestra de estas nuevas tendencias en España, pueden ser de interés los trabajos de Maximiliano FUENTES: *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Ed. Akal, 2014, o el interesante artículo de Paloma

una revisión de la numerosa documentación que el investigador tiene a su alcance, es fácilmente comprobable que las adhesiones a un bando determinado del conflicto son enormemente particulares en cada individuo, pese a que naturalmente las tendencias ideológicas pudiesen influir.

De todo ello debemos concluir que la ideología no fue la razón determinante en el posicionamiento de las élites sobre el conflicto, como podría haber sido de esperar habida cuenta su naturaleza. Entonces, ¿qué cuestiones alteraron ese paradigma para matizarlo y hacerlo más complejo? Es difícil responder sin ser prolíjo, pero cabe apuntar que el asunto entroncó con las mismas concepciones de la lucha por la superioridad entre culturas —«latinidad vs. germanidad»—,<sup>14</sup> más allá de la pugna entre países, en un contexto imbuido de las tendencias renovadoras de la sociedad, propias del inicio de siglo, no solo en España sino en toda Europa y en los Estados Unidos, que habían visto nacer un movimiento progresista precisamente sobre estas ideas. Los valores de la modernidad y la renovación social fueron ampliamente propugnados por los defensores de ambos bandos, igual que el concepto de la guerra como motor de renovación,<sup>15</sup> tan defendido por los intelectuales de los países en conflicto antes del inicio de estos).

Asimismo, la efervescencia nacionalista de los primeros fue decisoria en la toma de posiciones de los sectores regionalistas y nacionalistas de la península, sobretodo en Cataluña, donde el debate fue un asunto de primer orden durante todo el conflicto, con una importante presencia de personalidades catalanas tomando posiciones con uno u otro bando.<sup>16</sup> Habiendo visto la riqueza del debate intelectual, y la ferocidad de los argumentos esgrimidos, es necesario constatar que más allá de las luchas puramente ideológicas, se llevaron a cabo pocas iniciativas para

---

ORTIZ DE URBINA: “La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España a partir de 1914”, *Revista de filología alemana*, 15 (2007), pp. 193-206.

14 Particularmente ilustrativo de este conflicto, así como de la pluralidad ideológica y conceptual del debate entre aliadofilia y germanofilia, puede ser el libro de Antoni ROVIRA i VIRGILI, *Les valors ideals de la guerra*, publicado por la Societat Catalana d'Editors en 1916, donde además de contraponer los valores de la “falsa virtud y modernidad” germana contra las virtudes latinas de Francia, es observable su misma concepción personal del nacionalismo europeo, la defensa de la nación ante el intrínseco imperialismo germánico y una reflexión crítica del papel de los intelectuales en la guerra.

15 Maximiliano FUENTES: *España en la Primera...* p. 92.

16 Joan ESCULIES y David MARTÍNEZ FIOL: *12.000! Els catalans a la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Ara Llibres, 2014, pp. 36-39.

facilitar o conseguir una entrada efectiva en el conflicto desde posiciones germanófilas, y sólo de manera muy tenue desde la aliadofilia, sobretodo y de manera creciente según el conflicto favorecía a la Entente. Aun así, podemos encontrar ejemplos de individuos españoles que decidieron dar el paso y participar en la lucha directa, enrolándose en cuerpos como la Legión Extranjera Francesa, lo que ayuda a concebir la potencia de los discursos y la penetración de estos en algunos sectores politizados de la sociedad.<sup>17</sup>

En los Estados Unidos, también la opinión fue determinante para argumentar en las dos direcciones que podían tomarse: el mantenimiento del estado de cosas decidido por la Administración Wilson en 1914 o la entrada en guerra. Naturalmente, los intelectuales tomaron partido, pero quizás con más fuerza que en España lo que se produjo fue una implicación social bastante amplia en clubes y corrientes de pensamiento que podrían responder, en última instancia, a la mayor amplitud de los canales de participación política que América había desarrollado desde el siglo XIX. Veámoslo. El presidente Wilson estaba decidido, por lo menos durante su primer mandato, a alejar la posibilidad de una guerra, y por esta razón mantuvo ciertos reparos a la preparación militar hasta muy tarde. Su petición a los ciudadanos en la primera hora de conflicto —«manteneos neutrales en actos y en pensamientos»— se le hacía difícil incluso a él, sureño presbiteriano con una amplia trayectoria académica.<sup>18</sup> No obstante, estaba apoyado en este empeño por el movimiento aislacionista —fuerte en el Oeste y representado por hombres tan dispares como el secretario Bryan o el senador La Follette— y por un conjunto de asociaciones que reivindicaban los orígenes alemanes o los valores pacifistas tan en boga entre los miembros del Congreso de Sociología o entre quienes entonaban el *I Didn't Raise My Boy to Be a Soldier*.<sup>19</sup>

17 Hay estudios particularmente interesantes de este aspecto, por ejemplo Emilio CONDADO y Myriam MAYER: “Españoles en la Gran Guerra. Los voluntarios cántabros”, *Monte Buciero*, 10 (2004), pp. 171-193 (sobre los voluntarios cántabros) o el ya mencionado de Joan Esculies y David Marínez Fiol sobre los voluntarios catalanes.

18 Las dudas de Wilson, magistralmente expuestas en Andrew SCOTT BERG (2013): *op. cit.*, pp. 383-429..

19 Mark VAN WIENEN: *Partisans and poets: the political work of American poetry in the Great War*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997 pp. 57-60.

Si el humanismo y la raigambre constituían la esencia del argumento neutralista, el patriotismo hacía lo propio con el de los partidarios de entrar en guerra. Al principio de una manera tenue, insinuando una mayor participación diplomática y el envío de armas a los ingleses, y ya de manera abierta después del hundimiento del *Lusitania*. Esta gente —encarnada por los articulistas del *Metropolitan Magazine*, pero también por periódicos de ciudad y publicaciones femeninas (notablemente la *Woman's Home Companion*)—<sup>20</sup> fueron alineándose progresivamente con el expresidente Theodore Roosevelt, preconizador de la preparación militar y diseñador del programa de Nuevo Nacionalismo en 1912. Sin embargo, muchos republicanos y demócratas fueron sumándose a esta tendencia con el paso de los años, y el mismo Woodrow Wilson desaprobó en privado su lema de reelección —«*He Kept Us Out of War*»— por considerarlo «poco realista».

## Divergencias en el desarrollo del conflicto y sus consecuencias

Ante la estabilización del conflicto y la pérdida de perspectivas del fin de la guerra, los dos estados encararon los años del conflicto de manera dispar. En España, la perspectiva de mantener la neutralidad para conseguir tener un papel preeminente en la organización de una eventual conferencia de paz<sup>21</sup> se alejaba con la estabilización de los frentes. Asimismo, con el mantenimiento de este estatus, los nuevos grupos en pugna por la consecución del poder, encabezados por los industriales catalanes y vascos, aprovecharon enormemente la situación bélica para diversificar mercados y aumentar las ganancias, intentando conseguir medidas políticas que favorecieran las exportaciones (como, por ejemplo, la declaración de Barcelona como puerto franco), hecho que los enfrentó con la oligarquía

---

20 *Woman's Home Companion* era una publicación relevante porque demostraba cómo el público femenino —tradicionalmente más proclive al pacifismo— podía también respaldar una ideología nacionalista. En noviembre de 1915 se publicó allí un artículo —recogido en Theodore ROOSEVELT: *El deber de América...*, op. cit., p. 35— en el que la esposa de un veterano lisiado en la Guerra Civil declaraba que «yo misma he obligado a mi hijo a ser soldado. Si otro millón de madres, si todas las madres del país hicieran lo propio, nuestra seguridad estaría garantizada para siempre».

21 Rosa PARDO SANZ: “España ante el conflicto bélico de 1914-1918: ¿una espléndida neutralidad?”, en Salvador FORNER (ed.): *Coyuntura Internacional y Política española*, Alicante, 2010, p. 48.

triguera castellana.<sup>22</sup> Según Juan Antonio Lacomba, los años de la Gran Guerra fueron una auténtica “época dorada de los negocios”. Aún así, la facilidad de los negocios emprendidos por estas clases burguesas hizo que se tendiera a una especulación progresiva que asentó unas bases de barro para la economía española. Este hecho, juntamente con la crisis paulatina del sector agrícola, que vio mermadas sus exportaciones a medida que la acción submarina alemana tomaba fuerza —sobre todo a partir de febrero de 1917—, acrecentó la mala situación del proletariado y el campesinado español, debido eminentemente a una creciente especulación de precios. Estas circunstancias crearon una tensión social que, juntamente con el mencionado choque de elites por el control del aparato del estado<sup>23</sup> y la problemática militar derivada del conflicto entre africanistas y peninsulares por motivos de ascensos y condiciones laborales, fueron las bases que asentaron el famoso estallido de verano del año 1917.<sup>24</sup>

En América se produjeron también dos elementos equiparables a los españoles casi desde la primera hora: 1) la voluntad de ejercer un papel moderador determinante en las conversaciones de paz y 2) la penetración en los mercados europeos aprovechando las ventajas de ser una potencia neutral. Sin embargo, ambos aspectos —los cuales deberían haber reforzado el sentido de equidistancia de los estadounidenses— terminaron fracasando y provocando la intervención de la primavera de 1917. Tal paradoja se explica por la incapacidad de los Estados Unidos de dar fin al conflicto (algo que se había hecho ya para reforzar la preponderancia del país en los asuntos internacionales, como se demostró con la mediación de Roosevelt en la Guerra Rusojaponesa, y que llegó a su cénit con los Catorce Puntos de 1916) y por las graves dificultades que la guerra submarina de los germánicos implicaba para el comercio en el Atlántico.

Como ya se ha mencionado, la acción submarina alemana fue también un agente importante que llevó la guerra fáctica en tierras ibéricas. Aún así, no fue el único. Los servicios de espionaje estuvieron presentes en territorio español. Ya desde el inicio de la contienda, las fuerzas alemanas

22 Francisco José ROMERO: *España 1914-1918. Entre la Guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 52-53.

23 Juan Antonio LACOMBA: “España en 1917...”, op. cit., pp. 147-150.

24 Francisco José ROMERO: *España 1914-1918...*, op. cit. pp. 68-69.

no dudaron en internarse en la Península, hecho que no les costó mucho teniendo en mente que, antes del inicio de la guerra, se cuenta que había en España 5000 alemanes,<sup>25</sup> que ascendieron hasta unos 80 000 en 1917.<sup>26</sup> El jefe supremo del espionaje alemán en la Península fue Arnold von Kalle, aunque la mayor aportación en tareas logísticas la hizo Hans Karl von Krohn, agregado naval en Madrid.<sup>27</sup> La red creada por los alemanes comprendía gente de toda condición social, desde los mismos aristócratas destinados a asuntos diplomáticos y financieros hasta agentes locales a sueldo, que se dedicaban a ser las manos ejecutoras en el apoyo a submarinos. Los germanos no sólo operaban en el mar, sino también en la costa y sobre todo en los puertos importantes, que era donde destinaban la mayoría de los agentes. También se integraron en la policía, siendo el caso más célebre el del comisario barcelonense Bravo Portillo.<sup>28</sup>

Los agentes aliados, tanto franceses como italianos, entraron con un ritmo más lento en la Península, pero pronto empezaron a actuar para frenar los actos de los alemanes a través del contraespionaje. Los británicos no trabajaron tanto sobre el terreno, sino que sus acciones fueron primariamente en las esferas económicas y de negocios. Para acabar con la sangría provocada por los submarinos alemanes y su impunidad en las costas españolas, los primeros en ponerse manos a la obra fueron los franceses, creando un servicio de vigilancia naval coordinado con las fuerzas españolas. Más adelante, y gracias al progresivo acercamiento de la esfera gubernativa española hacia los Aliados, la legislación comenzó a favorecer las actividades de los agentes de la Entente. Uno de los casos clave fue el *Real Decreto* del 8 de febrero de 1917 promulgado por el gobierno de Romanones y que ordenaba una reglamentación y control estricto de todas las estaciones radiotelegráficas civiles, facilitando así la identificación de emisoras pro-alemanas por parte de los servicios Aliados.<sup>29</sup> Este hecho, junto con la nueva *Ley contra el espionaje y defensa de la neutralidad* de

25 Fernando GARCÍA SANZ: *España en la...*, op. cit., p. 95.

26 Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “Los servicios de información franceses durante la I Guerra Mundial”, *Revista de Historia militar*, 3 (extra), 2005, p. 205.

27 Fernando GARCÍA SANZ; *España en la...*, op. cit. p. 100.

28 *Ibid*, pp. 210-219.

29 Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA; “Los servicios de información...”, op. cit., p. 208.

1917 y el inicio de la gran ofensiva aliada contra el espionaje germano,<sup>30</sup> materializada en la colaboración entre los servicios británicos, franceses e italianos conjuntamente a partir de 1917,<sup>31</sup> puso en graves problemas la enorme red germánica que, poco a poco, se fue haciendo menos importante, a medida que decaían las propias fuerzas regulares del Imperio.

Aún así, quizás, el elemento más relevante del desarrollo de la Guerra en España fue, precisamente, el mantenimiento de la propia neutralidad. Ante la grave crisis interna que derivó de las circunstancias externas y estructurales mencionadas, las clases dirigentes españolas se empeñaron en defender el estatus de neutralidad en el contexto internacional, priorizando la resolución de los conflictos interiores a través de acciones de movilización de sectores diferentes del régimen e intentando integrar a los disidentes más moderados. Esta política tuvo como muestra más visible el gobierno de concentración de noviembre de 1917<sup>32</sup> y el célebre gobierno nacional de Antonio Maura del año siguiente,<sup>33</sup> ambos en la línea aliada de *union sacrée* propia de aquel lustro.

La entrada en guerra de los Estados Unidos —momento a partir del cual la evolución del país divergió ya claramente del modelo español— se puede comprender en buena medida por el hastío, los errores diplomáticos alemanes y el rol del espionaje —el Telegrama Zimmermann, revelado en medio de la intervención mexicana—, pero no eliminó a los partidarios de la neutralidad. De hecho, no hubo ningún tipo de *union sacrée* en los Estados Unidos, y la decisión del presidente Wilson —aplaudida en un inicio por demócratas y republicanos— terminó causando frustración por lo que la sociedad percibió como un alto precio en vidas sin beneficios claros para los Estados Unidos. En este marco, un movimiento populista frontalmente opuesto al internacionalismo que Wilson había terminado abrazando se abrió camino en las *midterm* de 1918 y se hizo con el control del Partido Republicano. Tras ello, la súbita muerte de Roosevelt (enero de

30 *Ibid*, p. 215.

31 Mª Dolores ELIZALDE: “Los servicios de información británicos durante la I Guerra Mundial”, en *Revista de Historia militar*, 3 (2005), p. 243.

32 Francisco José ROMERO: *España 1914-1918...* p. 182.

33 Pere GABRIEL: “Sociedad, gobierno y política (1902-1931)”, en Ángel BAHAMONDE (coord.): *Historia de España siglo XX (1875-1939)*, Madrid, Cátedra, 2008, p. 431.

1919) fue dejando al presidente cada vez más solo como gran defensor de un proyecto militarista del que había recelado hasta bastante tarde.

## El fin de la guerra

El fin del conflicto dejó el régimen de la Restauración española en un avanzado estado de descomposición. Los infructuosos intentos de reforma emprendidos antes del conflicto, imbuidos de la voluntad regeneracionista, ya fuera con Maura o Canalejas habían abierto una brecha de insatisfacción popular que la guerra ensanchó y profundizó. Los postulados wilsonianos del derecho a la autodeterminación dieron alas a los sectores más radicales de los regionalismos periféricos que, como en el caso catalán, se turnó en un autonomismo claro que tuvo su concreción en el proyecto de Estatuto de Autonomía de 1919. Igualmente, el liberalismo entendido con esquemas del siglo XIX quedó herido de muerte. La voluntad oficialista de convertir España en el país idóneo para una cumbre de paz quedó frustrada en 1919 cuando las negociaciones entre beligerantes tomaron País como sede. España no fue una excepción en una dinámica que arrastró todo el continente europeo. Maura, Sánchez de Toca o Romanones eran representantes de la antigua política en un mundo de profundos conflictos sociales que necesitaban nuevas respuestas ante unas masas que progresivamente tomaban protagonismo.<sup>34</sup> En este sentido, es enormemente clave la profunda conflictividad social de los años de la postguerra en España.

La dislocación social urbana producida por la situación económica que había provocado la guerra se juntó con un clima de tensión rural creciente después de décadas de miseria campesina.<sup>35</sup> Asimismo, el efecto de la Revolución Bolchevique de 1917 y la dinámica de revolución-reacción establecida des de la crisis del verano del mismo año en España,<sup>36</sup> asentaron las bases para una radicalización del movimiento obrero contestatario del Régimen, que se vio materializado con las duras protestas huelguísticas del año 1919. Este proceso, a la vez, fue determinante en la aparición

34 Maximiliano FUENTES: *España en...*, op. cit., pp. 206-207.

35 Francisco José ROMERO: *España 1914-1918...*, op. cit., p. 215.

36 Juan Antonio LACOMBA: "España en 1917...", op. cit., p. 160.

del característico fenómeno del *pistolerismo* que causó un gran número de víctimas, especialmente en Barcelona, entre 1918 y 1923.<sup>37</sup> De esta manera, es viable integrar la situación española dentro de la dinámica de inestabilidad europea posterior a la Gran Guerra, tanto por las voluntades revolucionarias de los sectores proletarios movilizados tanto obreros como campesinos así como por las actitudes de los sectores del poder tradicional, que recurrirán a opciones de contestación contrarrevolucionaria que irán desde el uso del ejército y los mecanismos coercitivos del Estado —que llegó a sus últimas consecuencias en setiembre de 1923— hasta la misma lucha terrorista iniciada también desde el sector patronal, para asegurar la continuidad de las estructuras del poder tradicional.

En los Estados Unidos, el sistema político y económico que había sostenido el crecimiento posterior a la Guerra Civil también estaba agotado. Finalmente, los norteamericanos habían sido forzados a decidir sobre su presencia internacional, y el resultado —aparentemente beneficioso para el militarismo rooseveltiano— terminó con un giro aislacionista al comenzar la década de 1920. Ya hemos visto que Woodrow Wilson no era un internacionalista de primera hora, y que aunque deseara unos EEUU fuertes e influyentes —algo fuera de duda viendo sus intervenciones en México y sus propuestas de paz en Europa— recelaba profundamente de una estrategia belicista que obligaría al país a implicarse en vidas y dinero en asuntos que seguían pareciendo demasiado alejados en la cosmovisión del americano medio. Los republicanos, por su parte, le reprochaban esta actitud —«cobardía» y «falta de patriotismo» eran los términos más usados— pero no apoyaban tampoco abiertamente como partido —aunque algunos como Roosevelt sí lo hicieran— la entrada en guerra. Así, en una fecha tan tardía como 1916 la campaña electoral enfrentaba un candidato pacifista (Wilson) con un militarista contrario a intervenir en Europa (Hughes).<sup>38</sup>

Los sucesos de 1917, continuación de una larga lista de provocaciones ya descritas más arriba, llevaron a un cambio en este paradigma, por el cual el presidente modificó sus estrategias y métodos irreversiblemente. Tenía

37 Para este tema, es enormemente útil la monografía de Albert BALCELLS: *El pistolerisme, Barcelona (1917-1923)*, Barcelona, Pòrtic, 2009.

38 Merlo J. PUSET: *Charles Evans Hughes*, Nueva York, Macmillan Co., 1951, p. 356.

ya desde hacía tiempo un cierto esquema de cómo debían funcionar los asuntos internacionales —los *Catorce Puntos* no fueron más que la parte más visible de todo ello— y una vez ordenó que la sangre americana se derramase, estaba dispuesto a implicarse hasta el final. Su participación y convencimiento fueron claves para la victoria aliada y para la definición de un paradigma mundial regido por la Sociedad de Naciones. No hay necesidad de ser prolígio en ese proyecto, pero hay que recordar que blindaba un órgano de cooperación internacional con amplios poderes para garantizar la paz y la seguridad mundial, y con un Consejo en el que los Estados Unidos, Francia, Italia, Japón e Inglaterra ejercían el liderazgo preeminencial.

La frustración de dicho plan se entiende por la percepción que el americano corriente tuvo de lo sucedido en 1917-1918. Se habían perdido muchas vidas jóvenes, al parecer por una causa ajena que todavía pedía más implicación y más recursos del país una vez terminada la guerra. Como ha sido una constante en la historia estadounidense desde los tiempos de Jackson, una reacción contra tal formulación inundó la América profunda con un *leit motiv* aislacionista que clamaba contra el *establishment* de la capital y anhelaba un regreso a las esencias. Los demócratas, que nunca habían sido muy partidarios del internacionalismo y que tenían un sur y un oeste muy impregnados de esos sentimientos, se sentían crecientemente incómodos con Wilson; y los republicanos, fuerza de oposición al fin y al cabo, capitalizaron el movimiento y lo hicieron suyo, aprovechando la súbita muerte del campeón del *war party* Roosevelt, acaecida el 6 de enero de 1919. Toda esta efervescencia desconcertó a Wilson, hombre de carácter inflexible que no se daba cuenta de hasta qué punto estaba perdiendo la conexión con el sentir general. Tras las elecciones de mitad de mandato de 1918, en las que se conformó un Congreso ampliamente republicano y ajeno al *establishment*, la negativa del Senado a ratificar la Sociedad de Naciones desestabilizó dramáticamente el orden de posguerra. Wilson no dio excesiva importancia al asunto, porque seguía pensando que tenía el favor de las masas y que podría presionar al Congreso para que rectificara. A su regreso a América desde el Viejo Continente, la realidad política que vio —unos demócratas cada vez más vacilantes entre la lealtad a su presidente y la corriente de pensamiento mayoritaria, y unos republicanos

reconvertidos en aislacionistas convencidos— le resultó profundamente pasmosa.

El presidente veía la actitud del Congreso como una traición en los términos más severos.<sup>39</sup> Después de ganar la guerra y de ganar la paz, se impedía a los americanos de poseer los resultados de lo que habían merecido. Sintiéndose víctima de un ultraje, respondió con una *provocatio ad populum*, y se extenuó con una gira interminable y cada día más desesperada para convencer a las multitudes —mayoritariamente en vano— de las bondades de su posición. Una apoplejía que lo mermó física e intelectualmente acabó también con esta última estrategia, pero Wilson ya se había enemistado irreconciliablemente con la realidad. Todavía, en su último año en el cargo, estaba convencido de que podía convertir las elecciones de 1920 en un plebiscito sobre el orden que había establecido en Versalles y que tenía en la Sociedad de Naciones su punta de lanza. Los resultados —16 144 903 votos para el *dark horse* republicano Harding, y 9 139 661 para el demócrata Cox— demostraron la destrucción —antes incluso de nacer— del mayor de sus legados inmediatos.<sup>40</sup>

América quedaba, pues, dominada por un ideal religioso e aislacionista que renunciaba al internacionalismo político, y que con gran prontitud daría lugar a lo que historiográficamente se ha conocido como la «década republicana». Tiempos de cerrazón, exaltación del provincianismo y miedo por los traumas vividos, los años veinte definieron unos Estados Unidos presentes económicamente en el mundo, pero ajenos de la acción política en unos momentos claves para la definición de un nuevo orden internacional. La imagen puritana de la Ley Seca —amenizada con los gánsteres y las tabernas clandestinas de aquellos *locos años veinte*— debe combinarse, pues, con la represión interior —contra las minorías, y particularmente los negros— y con una agitación mortecina disfrazada detrás de una falsa pared de prosperidad que, en paralelo con los sucesos europeos, fue resquebrajándose hasta venirse abajo definitivamente un negro jueves de

39 Thomas A. BAILEY: *Woodrow Wilson and the Great Betrayal*, Nueva York, Macmillan Co., 1945, p. 271.

40 La obra clásica para profundizar en esta cuestión es la de Wesley BAGBY: *The Road to Normalcy: The Presidential Campaign and Election of 1920*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1962. Resulta interesante también el análisis que hace David GOLDSBERG en *Discontented America*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1999, pp. 40-66.

octubre de 1929. Solo entonces se empezó a comprender que el orden de posguerra había sido un espejismo y que la herencia de Wilson —muerto ya un lustro atrás— debía reexaminarse.

## Conclusiones finales

España y los Estados Unidos representan dos modelos distintos de neutralidad como consecuencia de las numerosas diferencias que tales naciones tenían en su población, tamaño, estructura política e importancia en el concierto internacional. Sin embargo, el estudio de la Gran Guerra en ambos países permite destacar algunos elementos coincidentes que configuran un patrón válido incluso más allá de Washington y de Madrid.

En este sentido, conviene tener presente que la falta de cohesión nacional empujaba hacia la neutralidad. Ni España —con su frágil sistema institucional— ni los Estados Unidos —dotados de un alto porcentaje de población germanoamericana identificada— tenían un apoyo social claro para intervenir en el conflicto, y el temor a la fractura social decantaba la balanza hacia una posición equidistante. Naturalmente, este hecho era mucho más acusado en España, algo que ya se ha visto al tratar el proceso de consolidación del nacionalismo norteamericano y que sin duda influyó en el cambio de posición estadounidense de 1917.

Igualmente, la neutralidad permitía sacar partido del conflicto de un modo distinto al de las partes contendientes, puesto que ofrecía nuevas posibilidades económicas y comerciales, hecho que engrosaba el capital de las élites y las reforzaba a modo de *feedback* en su apuesta neutralista. De nuevo, la ubicación geográfica de España potenciaba esta realidad de un modo mucho más claro, mientras que los Estados Unidos se vieron afectados desde una fecha tan temprana como 1915 por la guerra submarina y vieron en la intervención armada una alternativa cada vez más real para hacer valer su peso en la arena internacional.

Abandonar la neutralidad y decidirse a intervenir requeriría, además, de una posición firme pre establecida en favor de uno de los dos bandos en conflicto. En el caso norteamericano esta posición estaba clara desde el primer momento a pesar de alguna contradicción, algo que no ocurría en España, donde a pesar de que su posición geoestratégica y el grueso de la

opinión pública aliadófila, importantes sectores de la sociedad, empezando por el Ejército, tenían simpatías por las potencias centrales.

Finalmente, convendría hacer una breve reflexión sobre la entrada de España y de los Estados Unidos en los «locos años veinte». En la Península, la neutralidad no había servido para frenar las contradicciones que venían experimentándose dentro del sistema y que se agudizaron súbitamente con el colapso en las exportaciones que siguió al fin del conflicto. Así, el desgarro se manifestó con dos características propias de los países que participaron en la guerra: una mayor influencia del autoritarismo derechista y el intento de salvar la estructura institucional mediante gobiernos de concentración nacional. En cambio, en los Estados Unidos se experimentó todo lo contrario: un refuerzo de la identidad y de la cohesión nacional reflejado en el aislacionismo y en la reagrupación del grueso del país alrededor del capitalismo y de las políticas moralizantes. Esta aparente paradoja puede resolverse, en buena medida, con el análisis de las respectivas posiciones económicas, militares y diplomáticas en las que quedaron España y los Estados Unidos, y que originaron respectivos sentimientos de frustración y de orgullo patriótico.